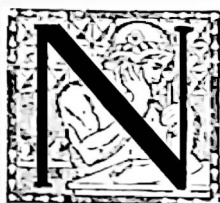


Pedro Lira U.

Una obra del Renacimiento ⁽¹⁾

EL CORTESANO

(De Baltasar Castiglione)



O fueron sus sonetos, tan difundidos en la Europa de su tiempo, los que dieron la inmortalidad a Baltasar Castiglione. Ni sus andanzas diplomáticas tan prolijamente narradas en su nutrida correspondencia. Fué un pequeño libro que se titula «El Cortesano» y en el que se pinta al perfecto hombre de mundo de la época renacentista. Su mismo autor nos declara que aspira a presentar la flor de la cortesanía. Escrito en elegante idioma italiano ese libro fué el manual de la educación principesca y señorial.

Tan pronto como Garcilaso de la Vega lo leyó, le escribió a su amigo Juan Boscán que lo tradujera al castellano. Y tenemos, así, la limpia traducción española. La que hizo las delicias de Carlos V cuyo entusiasmo por el autor llegó a tanto que le llamaba el primer caballero de Europa.

Cosa curiosa: este libro no nació de un afán de gloria, ni mucho menos de un propósito pedagógico o moral. Fué la gratitud la fuerza que movió la pluma de su autor. Y es ella la que dió a sus páginas el encanto de la espontaneidad.

(1) Conferencia leída en el Salón de Honor de la Universidad de Concepción.

El escenario escogido fué la corte ducal de Urbino. La que había conocido Castiglione en sus mocedades. «Aquella casa de Urbino—nos dice—a la cual yo debo tanto que quedo obligado a esforzarme de trabajar con toda diligencia que su memoria no se pierda y hacerla vivir con mis escritos en los corazones de nuestros descendientes». En estas palabras no hay adulo: ni asoma la intención torcida. Cuando son escritas, el duque Guidobaldo de Montefeltre, señor de Urbino, había ya muerto y sin descendientes. Su viuda, la encantadora duquesa Isabel de Gonzaga, vivía en Roma, alejada del mundo, pero rodeada de la admiración de cuantos la habían conocido. Nuestro autor no se la regatea. Sabe, como pocos, que ella había sido el ornamento de la pequeña y culta corte. Muchos años después de haber servido a sus órdenes, hombre maduro y casado ya, en la cumbre de su prosperidad escribe estas palabras decididas: «Porque dejando aparte la honra que era para cada uno de nosotros servir a tal señor, a todos en nuestros corazones hacía un extraño contentamiento cada vez que delante de la duquesa veníamos, y parecía que ella era la que a todos nos tenía en una conformidad de amor juntos y atados, de suerte que nunca concordia de voluntad o amor de hermanos fué mayor que allí era entre nosotros». Preciosa confesión que enaltece por igual al que la hizo y a la mujer admirada, y que nos arroja un golpe de luz que aclara la vida de Italia en el ocaso del Renacimiento. Vivían o habían vivido desde hacía poco los hombres siniestros de la época, los que describe Burckardt en su bello libro; los Malatesta, los Borgia y los escritores sagaces y pesimistas, como Machiavello y Guicciardini. Mas ellos no agotaron la riqueza inextinguible de la vida renacentista. Hubo, también, hombres bondadosos y artistas, mujeres bellas y virtuosas, centros sociales, como este de Urbino, en que reinó la armonía, sin sombra de doblez ni artificio. Castiglione escribe en el esplendor de la Roma pontificia: cuando el Papa Médicis había logrado convertirla en el centro cultural y artístico del

mundo. A pesar de las tormentas políticas, a pesar de las cruentas guerras que libraban los franceses y españoles y que la destreza diplomática de León X—que sabía navegar con dos brújulas—mantenía lejos de Roma. Pero por escaso tiempo. Pocos años después de su muerte, en 1527, tiene lugar el espantoso asalto y saqueo de la ciudad eterna. Clemente VII, el otro Papa Médicis no pudo evitarlo. Y esa catástrofe cierra como un asterisco de sangre el período brillante del Renacimiento. Los desmanes de los lansquenets germanos y de los arcabuceros españoles hicieron cesar, para siempre, la música pagana que había adormecido el vigor cristiano. El Papa tuvo que refugiarse azorado en el castillo de Saint'Angelo, los cardenales fueron vejados, las Academias dispersadas, arruinados los eruditos, y robados los museos y palacios. La amargura de Castiglione cuando supo esto no tuvo límites. El, que había vivido la época esplendorosa del Renacimiento y que estaba tan conaturalizado con ella, no pudo sobrevivirla. Muere de pena a los dos años del saqueo de Roma. Mas antes de detenernos en su fin digamos algo de la vida de este hombre representativo.

Nacido en Mantua en 1478, de noble familia—los españoles iban a llamarle el conde de Castellón — tan pronto como concluyó sus estudios humanísticos pasó al servicio de Ludovico el Moro, señor de Milán. Antes de su caída Castiglione le había abandonado para ir a la corte de Mantua, su pequeña patria. Acompañó al duque Federico de Gonzaga en sus expediciones militares que distaron mucho de ser afortunadas. La batalla de Garellano, que dió el triunfo a Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán de los españoles, hizo torcer de nuevo la ruta de nuestro autor. De inmediato comprendió que ellos, los españoles, iban a ser los dominadores de Italia y se dirige, por eso, a la corte de Urbino cuyo señor era su aliado. En pocos años, así, ha servido a tres señores diferentes. Y sin que hubiera sombra de deslealtad, porque en esa época los hombres de letras como los hombres de armas pasaban de un señorío a otro

con perfecta naturalidad. En una u otra corte creían servir a Italia, y eso bastaba a su orgullo latino. En el mosaico político los estados italianos crecían o venían a menos con vertiginosa rapidez. Las grandes y las pequeñas ciudades cambiaban de gobernantes y aun de regímenes como por ensalmo, sin que se detuviera el curso de su prosperidad, ni disminuyera el esplendor del arte. La política misma era considerada como el arte supremo. Los gobernantes lucían su habilidad en las complicadas combinaciones de alianzas que semejaban un fino trabajo de relojería. Y que a veces deshacían a golpes de espada; cuando los resortes de la persuasión y del interés se habían gastado. Es el caso de César Borgia que antes de cumplir los treinta años hacía temblar a Italia, para morir luego en un obscuro asalto, en el norte de España. Castiglione es hombre de ese tiempo, y conoce, en consecuencia a algunos de esos monstruos de crueldad demencial; pero conoce, también, a los príncipes magníficos y nobles sostenedores del arte. Como Lorenzo de Médicis, el señor de Florencia, el padre del futuro Pontífice y de Juliano, el duque de Nemours: como el duque Federico de Montefeltre, sobre todo, que a su bondad, a su refinamiento, sabía unir el vigor militar. Es posible que este hombre excepcional, condottiero afortunado y gobernante venturoso, realizara el ideal de nuestro Castiglione. Esto explicaría el fervor y su fidelidad por la casa de Urbino, aun antes de entrar a ella Isabel de Gonzaga.

Urbino es una pequeña y linda ciudad situada casi en el centro de Italia, en la región de las Marcas, cayendo hacia el Adriático. Tuvo la fortuna, nos refiere el autor, de haber sido señoreada durante muchos años de muy buenos y valerosos señores. Los Montefeltre con sus amos. Ellos intentaban realizar, como hombres del Renacimiento, el gobierno perfecto. Y lo consiguen, pues a la prosperidad del Estado se suma el amor y la gratitud que les profesan los súbditos. El duque Federico realizaba sus hazañas militares fuera del territorio de Urbino

y volvía a la ciudad cargado de botín. Sus riquezas las derramaba edificando palacios, adquiriendo obras de arte y repartiendo limosnas. Los humanistas le llamaban «la luz de Italia» porque mantenía a su costa a quinientos escritores y artistas. Su biblioteca llegó a ser la primera de Europa, y la consultaba con provecho, pues tanta era su cultura que podía disertar a la vez sobre Platón y sobre Aristóteles. Comía en una sala abierta, contemplando el maravilloso paisaje que rodea a su palacio, creación de Alberti; y mientras comía le leían pasajes de Tito Livio. Pero en el tiempo de Cuaresma las lecturas eran piadosas, porque era un hombre profundamente religioso, que descansaba de sus afanes políticos visitando a los monjes y conversando con ellos de cosas espirituales. Otras veces recorría a pie la ciudad y sus alrededores, yendo solo y sin guardias. Tanto era el amor que le tenían sus vasallos que era frecuente que a su paso cayeran de rodilla diciendo: ¡Dios te conserve, señor! Elogio supremo para el gobernante que se jactaba de no haber conocido mendigos ni sofocado tumultos. La corte misma era un centro privilegiado de arte y de buenas maneras. Beatriz de Sforza mantenía en ella tal dignidad y decoro que los nobles de Italia enviaban allí a sus hijos para que aprendieran virtudes y letras. Y para que nada faltara a la gloria de Urbino, en su territorio habían nacido el Bramante y Rafael.

A la muerte del duque Federico le sucedió su hijo Guidobaldo que fué tan perfecto y tan virtuoso que Castiglione nos dice que ninguna cosa había hecho el duque Federico de mayor excelencia que haber dado al mundo tal hijo. Su ventura llegó al colmo cuando casó con Isabel de Gonzaga, afamada por su belleza, por su cultura y por su virtud. Pero un terrible mal de gota le impidió al joven gobernante continuar llevando la vida al aire libre, que era de su agrado, y dedicarse a los ejercicios militares. Cuando enfermó, la duquesa le ayudó en el gobierno. Y fué el centro de la corte. Concluída la cena, el duque se retiraba a sus aposentos, y los cortesanos pasaban a

la sala de fiestas, donde la duquesa, rodeada de sus damas, dirigía la conversación y los juegos. Esas veladas son las que describe nuestro autor, escogiendo para ello los días culminantes, cuando el Papa Julio II, de paso para Bolonia, se detiene una semana en Urbino. Es tal el entusiasmo que la vida de Urbino despierta en los cardenales y nobles romanos que muchos de ellos pidieron permiso para quedarse allí, A lo menos por algún tiempo. En los diálogos que iba a inmortalizar la pluma de Baltasar Castiglione figuran, por esta causa, personajes romanos: el propio sobrino del Papa, desde luego, Francisco della Rovere, que iba a ser más tarde duque de Urbino; luego Julián de Médicis, el hijo de Lorenzo el Magnífico; Octaviano Fregoso, que sería dux de Génova; su hermano Federico, cardenal de la iglesia Romana; el célebre escritor Bibbiena, que alcanzaría también el cardenalato; el Aretino, el conde Canossa, Gaspar de Pallavicino, el señor Bari y por último el amable Pedro Bembo, el estilista más reputado de Italia que sólo muchos años más tarde, al llegar a los setenta años, podría posar ante el Tiziano con la púrpura romana. Tales son los ilustres contertulios de los duques de Urbino. Sin contar a los numerosos artistas y poetas que brillaban en la corte, como Piero della Francesca, Paolo Ucello, Melozzo da Forli, y el propio Castiglione.

La impresión que esas veladas produjeron en su alma hubo de ser inmensa y duradera. Tan duradera que doce años después, en 1518, cuando muchos de los protagonistas ya habían desaparecido, y cuando él vivía en el esplendor de Roma, las pudo evocar con una justeza y un arte no igualado.

La ascensión al Pontificado del cardenal Médicis, que tomó el nombre de León X, llenó de júbilo a los humanistas y a los artistas. Y con razón, pues triunfaba uno de ellos. El hijo de Lorenzo el Magnífico iba a ser el más opulento Mecenas que conocieron los siglos. Y a la vez el más refinado. Acostumbraba hacer perfumar el oro de sus donativos. Su magnificencia fué, así, grande y su afición al arte, incontenible. Sólo de esta

manera podemos explicarnos que habiendo reinado ocho años diera su nombre al siglo en que vivió.

Cuando le eligieron Papa era aún joven: tenía 38 años. Mas no había recibido todas las órdenes sagradas: era un simple diácono. Fué, pues, menester hacerlo sacerdote y luego obispo. Esto nos parece ahora enorme. En esa época no sorprendió a nadie: ¡a tanto había llegado el relajamiento de la iglesia! muchos cardenales no eran sacerdotes, pero sí perfectos hombres de mundo y eximios gobernantes. Es cierto que el nuevo Pontífice había llevado una vida decorosa y casi irreprochable, y que iba a continuar llevándola. No es menos cierto, empero, que no había sido su fervor religioso el que lo había conducido tan arriba, sino sus condiciones personales, tan ajustadas a los gustos y costumbres de ese tiempo.

Podía jactarse de haber recibido una educación esmerada pues había tenido por maestros a Bibbiena y a Marsilio Ficino, los mejores humanistas conocidos. Su formación clásica fué, por eso, excelente y sin mayor dificultad podía componer discursos y versos en un latín impecable. Dotado de exquisito gusto, se interesaba por todas las artes y estaba pronto a proteger a cualquier artista de genio. Florentino de nacimiento, sus dotes políticas y diplomáticas le iban a servir, de una manera prodigiosa, para mantener un equilibrio de suyo inestable entre franceses y españoles. Si a estas prendas amables, realzadas por su origen principesco, añadimos una generosidad sin límites y una afabilidad exquisita comprenderemos la razón de la simpatía que siempre le rodeó. León X pudo ser considerado así, como un gobernante perfecto. Pero no es lícito considerarlo como un perfecto vicario de Cristo. Pareció faltarle el sentido grave y profundo de la religión, aquel soplo de vida sobrenatural sin el cual no se desentraña el misterio del cristianismo. De ahí que las andanzas de Lutero no le preocuparan mayormente, ni que intentase en serio la reforma de la Curia Romana. El encanto del arte tenía embargados sus sentidos. Sin ad-

vertirlo, quizás, había aspirado desde niño las esencias desconcertantes del Renacimiento.

El banquero Chigi—que iba a ser su banquero como lo era ya de la Señoría de Venecia—levantó un arco de triunfo en su honor, al tomar posesión de la Basílica de San Juan de Letran. Y coronó ese arco con esta inscripción insolente que refleja, más que todos los libros, el espíritu pagano de la época: «Un tiempo dominó Venus, y luego llegó su turno al dios de la guerra. Ahora empiezan tus días, augusta Minerva». Con la visión certera del hombre de negocios, el banquero afortunado anunciaba el reinado de la diosa de la inteligencia y del saber. Y León X se apresuró a darle la razón. En la mañana cumplía con sus deberes religiosos y gobernantes, puntualmente y con seriedad. Mas el resto del día lo consagraba a sus ocupaciones favoritas: presidir academias, recibir a los embajadores, componer discursos clásicos, discutir con los artistas y encomendarles trabajos, ordenar excavaciones y fiestas alegóricas. Supo reunir en torno suyo al conjunto más extraordinario de artistas geniales que jamás haya producido la humanidad.

Y en un momento único de la historia. Cuando el mundo parecía nacer de nuevo. Los descubrimientos de los portugueses y de los españoles ensanchaban el horizonte geográfico en proporciones nunca soñadas. Los avances de la astronomía y de las ciencias físicas y matemáticas revolucionaban los conocimientos caducos. De las ruinas surgía, en Italia, la Antigüedad rediviva. Se buscaba con avidez los escritos de los clásicos griegos y latinos. Cada hallazgo era un tesoro. El arte nuevo de la imprenta y el arte nuevo del grabado multiplicaban las ediciones primorosas. Y todos rivalizaban en conocer y aun en imitar la vida de los antiguos. Flotaba en el aire la esencia del paganismo, porque se amaba la vida jocunda y bella. Ya no temblaban las manos ante las rosas de la vida. Ya no figuraba en los prados el Pastor Divino conduciendo sus fieles a la región luciente, sino grupos de bulliciosas ninfas que turbaban la

calma del paisaje. Los pintores se atrevían ya a pintarlas desnudas. Boticelli había hecho surgir de la espuma del mar su cándida Venus. Es por eso que todo, aun lo más trivial, se transformaba en fiesta. En fiesta, en procesión de triunfo se había trasladado un torso mutilado al Belvedere. Fiestas eran las cacerías, y fiestas los paseos campestres y fiestas las ceremonias religiosas. Se revivían así, los días espléndidos y serenos de la Grecia inmortal. El platonismo se bebía en la atmósfera. Prelados y sabios rivalizaban en encender lámparas ante el busto de Platón. Y se amaba lo que él había amado, pero de una manera delicada y noble. Nunca la convivencia humana fué más cordial y más penetrada de arte. No interesaba el nacimiento para juzgar a una persona: se atendía a sus cualidades y sobre todo a sus méritos artísticos. Y esto lo justificaba todo: hasta el crimen. Nunca hubo exaltación mayor de sabiduría y de arte, ni hombres mejor dotados. Porque el gobernante era, además, cultísimo. Y el poeta era escultor y pintor y a veces arquitecto genial. Leonardo tomaba los pinceles al atardecer, en una sala ornada de negras telas que ocultaban a los músicos que ejecutaban ininterrumpidamente aires alegres mientras el maestro trabajaba. Y una fuente cincelada arrojaba, entre tanto, chorros de agua aromática. Alegría del oído y del olfato a la vez. El fausto y la pompa que hoy nos parecen despliegue vano eran entonces encanto de los ojos y alimento de artistas. Rafael dirigía las fiestas de Roma y Leonardo, las de Milán.

Este afán de lujo que era innato en León X contagiaba a los cardenales y a los nobles. Mientras se construía San Pedro, el cardenal Hipólito de Este hacía levantar la hermosa villa de Tívoli, Bibbiena encargaba al Soddoma las pinturas de su palacio, y Chigi terminaba la Farnesina. El banquete que dió allí el banquero, para celebrar su propia boda, hizo época. Había invitado al Pontífice y a toda la corte romana. Los manjares los hizo traer del Oriente y del Bósforo. El hombre que se

enorgullecía de poseer cien naves y cien palacios quiso que su fiesta fuera inolvidable: les rogó, por eso, a sus invitados que al concluir la cena arrojaran al Tíber la primorosa vajilla de plata que habían usado. A tanto llegaba su opulencia! Pero los pasquines de ese tiempo se encargaron de decir que el astuto banquero había hecho colocar redes ocultas en el río, para recuperar la espléndida platería.

En ese ambiente delicioso y sensual vivió Castiglione desde que salió de Urbino. Era el embajador preferido, el amigo inseparable de Rafael quien hizo su retrato que conserva el Louvre. Su casa fué el centro de reuniones literarias y artísticas. Tuvo el tino de atraer a ella a los más grandes valores de su tiempo. Su tacto diplomático le permitió tratar a Miguel Angel a pesar de la amistad que le ligaba a Rafael. Sus propias poesías, algunas de las cuales son de antología, como el soneto «Superbi colli» las leía en compañía de Victoria Colonna, la mujer más culta de Italia. Es por eso doblemente curioso que esta dulzura de su vivir no hubiera adormecido la conciencia religiosa; por el contrario, la mantenía vigilante. Comprendía de sobra que el reinado de Minerva no podía durar, y que no siempre era él compatible con el culto al Crucificado. Temía, por eso, la venganza del cielo. Como la temía otro humanista insigne, Picó de la Mirandola, que clamaba por la reforma de la Curia. Una espada de fuego se cierne sobre Roma, decía Tizio, el sienés: porque la sal de la tierra ha perdido su vigor. «Sal igitur infirmatur, est», son sus palabras que ha recogido como documento precioso, Pastor, el historiador de los Papas.

Un acontecimiento doloroso, en su vida privada, manifestó los verdaderos sentimientos de Castiglione. Al morir su mujer, en 1521, hizo entrega de sus tres hijos a su madre, los dotó convenientemente y se retiró a un claustro. Al poco tiempo abrazó el estado eclesiástico y ya ordenado partió a Toledo, como Nuncio Papal, cerca del César español, que era también

el amo de Italia. Allí en Toledo recibió la noticia del espantoso saqueo de Roma; y hasta allí le llegaron las justas recriminaciones de Clemente VII. Su amargura fué tanta que ni el amor que le mostraron los españoles, ni el favor que le dispensó el Emperador lograron consolarle. Sufrió tan intensamente que a los pocos meses enfermó y murió, sin haber querido nunca perder su nacionalidad italiana. Fidelidad que le honra, mayormente en las horas de prueba de su patria. Julio Romano, el discípulo preferido de Rafael diseñó su tumba, y el Bembo, su amigo incomparable, el estilista célebre, compuso el epitafio latino.

Tal fué en vida y en muerte el autor de nuestro «Cortesano». Tal fué la época brillante y tormentosa en que transcurrieron sus días.

* * *

Vengamos, ahora al libro que nos ocupa.

Al examinarlo despojémosnos de cualquier idea pedagógica. Los que van a trazar el retrato del cortesano perfecto son, también, cortesanos. Exquisitos hombres de mundo, diríamos ahora. No desean abrir escuela ni llamar la atención pública: sencillamente conversan sobre un tema que les permitirá hacer reminiscencias clásicas, entretener a las damas y lucir su ingenio.

Estas veladas de Urbino—como podríamos llamarlas—tienen el encanto de las cosas renacentistas: su vigor y su levedad: su simpatía por lo humano y su elegancia indiscutida. No tienen, por eso, nada de común con las Veladas de San Petersburgo, en las que se encuentra más sustancia pero menos gracia: ni con las dulzonas veladas del pasado siglo, que hicieron las delicias de nuestras abuelas.

Los amigos de Castiglione que dialogan acerca de las prendas que han de adornar al cortesano nos han trazado el ideal

del hombre del Renacimiento. Y de la dama perfecta. Gracias a esos diálogos—en que es tan visible la influencia platónica—podemos formarnos una imagen adecuada del cortesano, y diferenciarlo de otros tipos humanos semejantes.

El cortesano aspira a la perfección porque de esa manera espera lograr el desarrollo de su personalidad, sin trazarse propiamente una finalidad exterior que oriente su vida. Necesita, para su perfeccionamiento, de grupos selectos. Pero no atiende a ellos para elevarse. Hay una cierta seguridad en sí mismo que obliga al cortesano a trabajar en su educación como el artista trabaja su materia, para realizar algo bello y sin que le mueva otro propósito trascendente, ni mucho menos el afán de lucro.

El caballero medioeval, en cambio, se movía por altos ideales que trascendían de su persona. Su persona misma, pudiéramos agregar, no le interesaba. Tal era el ardor de sus convicciones caballerescas: emprendía largas cruzadas por su Dios, sufría penas y tormentos por su dama.

Esta austeridad ascética se conserva en el hidalgo español. A su modo fué un cruzado que había llegado con tardanza. Y para sus aventuras buscó, necesariamente, las tierras vírgenes de las Indias. Jamás se separó de su conducta, ni aun en las horas de mayor extravío, el sentimiento religioso. Las conquistas mismas están empapadas de él. Porque sabía, al emprenderlas, que ensanchando los dominios de su rey abría nuevos horizontes a los misioneros. Iglesia Católica e Imperio Español fueron, siempre, nociones inseparables, norte de su actividad, canon de su vida.

Pero en el gentilhombre francés observamos ya una disminución del fervor religioso, sobre todo en la época en que frecuenta la corte de Versailles. Parece que la animara un mayor afán de cultura, y que esa cultura hiciera las veces de religión. Su sentido patriótico, sí, que se conserva íntegro y vigoroso.

El esplendor de Francia, el brillo de su cultura, la magnificencia de su rey, son estímulos formidables de su conducta.

En el gentleman inglés—tan finamente analizado por Newman—los ideales parecen estar embozados: orientarán, ciertamente, su existencia, pero no surgen a la luz del día. A lo menos en las horas de bonanza. El gentleman aspira a ser él, primeramente para él mismo y luego para sus semejantes, una persona útil y eficiente. Aunque puede vivir aislado, se digna alternar con sus semejantes, sin excesiva familiaridad, pero con maneras naturales e irreprochables. Posiblemente estas finas maneras le sirven para ocultar el secreto que él sólo conoce: que es un privilegiado, pues pertenece a una raza señorial. Y así, en silencio, sin alardes patrióticos, por el deslizarse de la vida—la que se pone al tapete del juego en casos supremos—mantiene el gentleman en alto el prestigio británico.

El hombre de mundo que circula en nuestros salones tiene mucho del gentleman. Pero a veces parece faltarle la conciencia vigilante que alimenta un orgullo de raza. Nuestro hombre de mundo ha viajado, ha practicado el deporte, ha adquirido buenos modales y aún cierta cultura. Pero es bien visible que su preocupación mayor es el dinero. No porque necesariamente lo ame, sino porque le es indispensable. Ya no hay cruzadas, ni Indias que conquistar, ni monarcas o príncipes que servir, pero hay damas. Y ellas exigen un cierto tono de vida que obliga a ser rico, o a parecerlo, al menos.

Para el cortesano del Renacimiento la fortuna no constituía una preocupación. Sus prendas personales le abrían las puertas de los palacios. Y le era dado disfrutar de las fortunas de los príncipes y de los señores, para saciar así su sed inextinguible de arte.

Con todo, no es el desinterés ni la pasión por el arte lo que da carácter a nuestro cortesano. Repitámoslo. Es su generoso intento de desenvolver, y de una manera armoniosa,

das las facultades del hombre. Ama, por eso, la destreza cor-

poral y los continuos ejercicios de lucha y de equitación. Y de manera particular la danza. El estudio con maestros excelentes le permitirán danzar, cabalgar y luchar con gracia. Porque el secreto de su elegancia—y de toda elegancia, diríamos—reside justamente en esto: en que la acción parezca desarrollarse sin esfuerzo, como algo natural, aunque haya sido el fruto de muchos desvelos. «En todas nuestras cosas—dice el autor—el cortesano ha de usar un cierto desprecio o descuido, con el cual se encubre el arte y se muestre que todo lo que se hace y se dice, se viene hecho de suyo, sin fatiga y casi sin haberlo pensado». Le aconseja ahincadamente huir del vicio de la afectación. «Así que nuestro cortesano—agrega—será tenido por excelente y en todo tendrá gracia especialmente en hablar, si huere de la afectación». La llama pestilencia y tacha que desbarata y destruye totalmente el lustre de la buena gracia.

El cortesano ha de saber hablar y escribir con corrección. Para ello necesita haber estudiado con buenos maestros. Pien- sa Castiglione que el hablar bien es un arte en sí. Para lograrlo será indispensable atesorar conocimientos, efectuar viajes y adquirir noticias curiosas. La naturalidad no se opone a que en la conversación sepa escoger las palabras, particularmente aque- llas que tienen «una cierta agudeza sustancial y secreta». Tampoco ha de reprochársele al cortesano que mezcle en la conversación, y en los billetes de amor, algunas sentencias es- cogidas. Pero sin descender jamás a la obscuridad ni a la pe- dantería. «Porque la facilidad y la llaneza siempre andan con la elegancia».

Es curioso observar que a pesar del amor a la Antigüedad y por ende a los estudios de las lenguas clásicas, Castiglione desea que su cortesano se exprese en lengua toscana. Y de acuerdo con el uso común. No siempre ha de hablar de cosas serias, y de veras; a ratos le son útiles las burlas. Y se diserta ampliamente acerca de las clases y bondades de las burlas.

La conversación que más interesa es la que se tiene con

damas, o en presencia de damas. Graciosamente se burla de los hombres rudos que no saben articular palabra teniendo una mujer al frente.

Y luego habla del atavío del ánimo. A la cual conviene sobremanera la música. A más de comprenderla nuestro cortesano ha de saber tañer algunos instrumentos, «porque ningún descanso ni remedio hay mayor y más honesto para las fatigas del cuerpo y pasiones del alma que la música». En especial en las cortes de los príncipes — agrega — donde no solamente es buena para desenfadar más aun para que con ella sirváis y deis placer a las damas.

Quiere también que el cortesano sea diestro en dibujar y en pintar. Ha de ser capaz, a lo menos, de apreciar un buen dibujo y un buen cuadro. Tampoco la escultura puede serle indiferente. Largamente discuten los señores que sostienen los diálogos acerca de las excelencias de uno y otro arte, acerca de la primacía de Miguel Angel o de Rafael.

Cuando dejan de mano los conocimientos pasan a hablar de las virtudes que ha de tener el cortesano, y tropiezan con el amor. Entonces la duquesa le pide al magnífico Julián de Médicis que haga la pintura de la dama que él prefiere. Juzgan que no pueden pasar adelante en la descripción del cortesano sin detenerse en la mujer. Al empezar, así, su relación, el Magnífico nos declara, sin ambages, «que no puede haber corte alguna, por grande y maravillosa que sea, que alcance valor ni lustre ni alegría sin damas, ni cortesano que tenga gracia, o sea hombre de gusto o esforzado, o haga jamás buen hecho, sino movido y levantado con la conversación y amor de ellas» Delicadamente trata de la educación femenina: la desea muy completa, aun con gimnasia y con ejercicios corporales. Pero siempre como algo diverso de la educación masculina. Escuchémosle: «Mas sobre todo me parece—dice — que en la manera, en las palabras, en los ademanes y en el aire debe la mujer ser muy diferente del hombre, porque así como le conviene a él mostrar

cierta gallardía varonil, así en ella parece muy bien una delicadeza tierna y blanda, con una dulzura mujeril en su gesto, que la haga en el andar, en el estar y en el hablar, siempre parecer mujer, sin ninguna semejanza de hombre».

Ya lo sabemos. Elogia la delicadeza blanda, la suavidad mansa, la afabilidad graciosa. Son estas sus expresiones. En esa delicadeza, en esa suavidad, en esa afabilidad graciosa reside el encanto de la mujer. Los cortesanos colocan ejemplos, y los tienen a la vista, pues se trata de las princesas de la casa española, Isabel de Castilla, que fué conocida con el nombre glorioso de Isabel La Católica. Después de señalar por menudo sus hechos y sus virtudes, se expresa así el que conducía la conversación; «Demás desto afirman todos los que la conocieron haberse hallado en ella una manera tan divina de gobernar, que casi parecía que solamente su voluntad bastaba por mandamiento, porque cada uno hacía lo que debía sin ningún ruido, y apenas osaba nadie en su propia posada y secretamente hacer cosas de que a ella le pudiese pesar. Y en gran parte fué desto causa el maravilloso juicio que ella tuvo en conocer y escoger los hombres más hábiles y más cuerdos para los cargos que les daba. Y supo esta señora así bien juntar el rigor de la justicia con la blandura de la clemencia...».

De manera que, y en resumen, para nuestro autor la dama perfecta es la que sabe ser religiosa sin afectación, culta sin pedantería, aficionada a la música y a la danza, de conversación graciosa y amable y en todo llena de aquel cierto encanto que se aprecia más que la belleza. Dotado ya el cortesano de dama, vuelven al tema central: a tratar de las virtudes que han de adornarle.

A más del amor, que en todo lleva la primacía, le quieren valeroso y discreto, capaz de callar en ciertas ocasiones, y capaz también de hablar en otras, y aun con osadía, más siempre con naturalidad y gracia. Entre las restantes virtudes que son atavío del alma mencionan los personajes a la continencia y a

la templanza, porque ellas abren la puerta a la prudencia, virtud suprema que da paso a la privanza del cortesano favorecido. Ya asoma el moralista en Castiglione; descubrimos el intento final. El cortesano perfecto ha de conseguir llegar a ser el favorito del príncipe. En esto, justamente, consiste su interés y su desinterés, aunque ello suene a paradoja. Porque el fin de tan esmerada educación es lograr la privanza; y lográndola sube a saltos la escalera del poder y queda inclinado a derramar beneficios a muchos. Este cortesano privilegiado no quiere el poder por el poder. No. Lo quiere para hacer el bien. Y conviene no olvidar que este cortesano llegado a tal ventura es el gobernante de la época, de tal manera que su educación concluye en una finalidad política. Así como hoy el político ha de saber conquistar el favor del pueblo, del mismo modo el cortesano debía saber conquistar el favor del príncipe, para poder, entonces, desplegar sus facultades de gobernante, orientadas sobre todo, a la protección del arte en un ambiente sereno de paz.

Es curioso que Castiglione no le proponga a su cortesano favorecido un alto fin. Cincuenta años antes de Lepanto no divisa el peligro mahometano, ni habla siquiera, de la guerra contra los turcos. Evidentemente las Cruzadas habían pasado ya a la historia. Los hombres cultos de la Italia del Renacimiento no prestaban oídos a los clamores de la Cristiandad. Sólo los españoles iban a tomar en serio la defensa de la Cruz, como tomaron en serio las cruzadas de las Indias. Y también es esto curioso en nuestro autor: no hace una sola referencia a los descubrimientos y hazañas de los españoles y de los portugueses, tan a menudo auxiliados por cartógrafos y navegantes italianos. Se llega a pensar que en los ambientes refinados las cosas lejanas y difíciles no interesan, aunque estén aureoladas por el heroísmo: sirven, a lo más, como temas de ligeras conversaciones. Algo parecido ocurrió después en la corte de Versalles: las batallas de la India, las guerras del Canadá no

despertaron emoción ni interés alguno. Nuestro Castiglione tampoco piensa en que su príncipe ha de mezclarse en las contiendas religiosas: no vislumbra, siquiera, la gravedad del problema espiritual que se avecinaba. Roma continuaba siendo el centro único de la Cristiandad. Las querellas de algunos frailes alemanes no podían tener una importancia excesiva.

En pocas palabras: Castiglione no quiere cruzados, ni conquistadores, ni teólogos armados ni patriotas exaltados. Quiere hacer de su cortesano un hombre exquisito y armonioso, a la manera de los griegos. Pero habiendo recibido ya el bautismo cristiano, pues en esto conviene insistir. A pesar del platonismo que inspira toda obra, el héroe en ella descrito es un hombre normal. Sus amores son limpios, sin asomo de desviaciones malsanas, aunque a menudo la belleza de los rostros le conmueva y aunque llegue a hablar de los lindos cuerpos. Ciertamente es que el amor lo puede todo, pero cuidando de elevarse a consideraciones más altas que las que hablan a los sentidos. Puede decirse que todo el Libro IV está consagrado al amor, y el capítulo final es una hermosísima paráfrasis de Platón. Menéndez y Pelayo lo tiene por el más bello trozo escrito sobre este tema. Cuando lo escribió Castiglione, ya la muerte había deshecho el grupo de señores que hizo intervenir en sus diálogos: y el recuerdo de esos amigos muertos en la flor de su lozanía le llena de tristeza. Evidentemente ese recuerdo le inspira las páginas más delicadas y más graves de su libro. Su doctrina, que es la alada doctrina de Platón, la pone en boca de Micer Pietro Bembo, el culto humanista que ya inclinaba a las cosas religiosas. Empieza haciendo el elogio de la hermosura. Escuchemos sus palabras: «También vemos que para alabar cualquiera cosa, ningún término tenemos mejor que llamarla hermosa: y así cuando queremos alabar las cosas del mundo decimos hermoso cielo, hermosa tierra, hermoso mar, hermoso río, hermosas provincias, hermosos montes, árboles, jardines, hermosas ciudades, hermosos templos, casas y ejércitos. A toda

cosa, en fin, de grandísimo ornamento esta alta y divina hermosura, y puédese bien decir que lo bueno y lo hermoso en alguna manera son una misma cosa, en especial en los humanos, de la hermosura de los cuales la más cercana causa pienso yo que sea la hermosura del alma, la cual como participante de aquella verdadera hermosura divina, hace resplandeciente y hermoso todo lo que toca, especialmente aquel cuerpo donde ella mora no es de tan baja materia que ella no pueda imprimirle su calidad. Así que la hermosura es el verdadero trofeo e insignia de la victoria del alma, cuando ésta con la virtud divina señorea a la natural materia, y con su luz vence las tinieblas del cuerpo».

Admite que el cortesano en sus años mozos ame sensualmente, pero le insta, ya más duro, que ataje los pasos a la sensualidad, y comience a gozar con la consideración de la hermosura. Le dice que goce con los ojos «aquél resplandor, aquella gracia, aquellas centellas de amor, la risa, los ademanes y todos los otros dulces y sabrosos aderezos de la hermosura». Le aconseja que goce con la suavidad del tono de la voz, con el son de las palabras y con la dulzura del tañer y del cantar. Comprende que siendo el alma tan inclinada a los sentidos este amor siempre será peligroso; y por eso le pide que se eleve su mente a la hermosura misma y a la fuente de donde procede. Ya no deberá atender a la hermosura derramada en un cuerpo y en un ser solos; «y contemplará no la hermosura particular de una mujer, sino aquella universal que todos los cuerpos atavía y ennoblece, desta manera embellecido, y como encandilado con esta mayor luz, no cuidará de la menor, y ardiendo en este más excelente fuego, preciará poco lo que primero había tantopreciado». Este grado de amor, con ser elevado, no es aún el más alto. El alma ha de continuar subiendo. Le invita a contemplar la hermosura, no ya con los ojos del cuerpo ni con la imaginación, que es potencia corporal también, sino con los ojos del alma. «Por eso—dice—el alma apartada de

vicios, hecha limpia con la verdadera filosofía, puesta en la vida espiritual y ejercitada en las cosas del entendimiento, volviéndose a la contemplación de su propia sustancia, casi como recordada de un pesado sueño, abre aquellos ojos que todos tenemos y pocos los usamos, y ve en sí misma un rayo de aquella luz que es la verdadera imagen de la hermosura angélica comunicada a ella, de la cual también ella después comunica al cuerpo una delgada y flaca sombra, y así, por este proceso adelante llega a estar ciega para las cosas terrenales, con grandes ojos para las celestiales». Ha hallado ya el rastro de Dios y busca reposarse en su contemplación. Desampara los sentidos y no tiene ya más necesidad del discurso de la razón, «porque transformada en ángel entiende todas las cosas inteligibles, y sin velo o nube alguna ve el ancho piélago de la pura hermosura divina, y en él recibe y recibíéndole goza aquella suprema bienaventuranza».

Descubierta ya la hermosura divina nos insta a enderezar nuestros pasos a esa luz. El tono del discurso ya varía. Platón le ha iniciado en la contemplación de la belleza suprema y le ha llevado, como de la mano, a los secretos retraimientos de Dios. Aquí empieza un himno religioso. El tema es siempre la hermosura, pero la vehemencia del lenguaje señala ya el ímpetu místico. Transcribimos ese final encendido, escrito en un lenguaje terso y limpio. Después de llamar al amor divino «seguro puerto en las bravas fortunas del peligroso mar de esta miserable vida, se pregunta si es posible loarle con lengua mortal. Y da comienzo al cántico: «Tú, hermosísimo, bonísimo, sapientísimo, de la unión de la hermosura y bondad y sapiencia divina procedes, y en ella estás, y a ella y por ella como en círculo vuelves. Tú, suavísima atadura del mundo, medianero entre las cosas del cielo y las de las de acá abajo, y, volviendo las almas y entendimientos de los mortales a su principio, con él los juntas, Tú pones paz y concordia en los elementos, mueves la naturaleza a producir, y convidas a la sucesión de la vida

lo que nace. Tú las cosas apartadas vuelves en uno, a las imperfectas das la perfección, a las diferentes la semejanza, a las enemigas la amistad, a la tierra los frutos, al mar la bonanza y al cielo la luz, que da vida. Tú eres padre de verdaderos placeres, de las gracias de la paz, de la benignidad y bien querer, enemigo de la grosera y salvaje braveza, de la flojedad y desaprovechamiento. Eres, en fin, principio y cabo de todo bien, y porque tu deleite es moral en los lindos cuerpos y lindas almas, y después alguna vez te muestras un poco a los ojos y a los entendimientos de aquellos que merecen verte, pienso que ahora aquí entre nosotros debe ser tu morada, por eso ten por bien, Señor, de oír nuestros ruegos; éntrate tú mismo en nuestros corazones, y con el resplandor de tu santo fuego alumbrá nuestras tinieblas, y como buen adalid muéstranos en este ciego laberinto el mejor camino, corrige tú la fealdad de nuestros sentidos, y después de tantas vanidades y desatinos como pasan por nosotros, danos el verdadero y sustancial bien, haznos sentir aquellos espirituales olores que vivifican las virtudes del entendimiento, y haznos también oír la celestial armonía de tal manera concorde, que en nosotros no tenga lugar más alguna discordia de pasiones; emborráchanos en aquella fuente perennal de contentamiento, que siempre deleita y nunca harta, y a quien bebe de sus vivas y frescas aguas de gusto de verdadera bienaventuranza; descarga tú de nuestros ojos con los rayos de tu luz la niebla de nuestra ignorancia, a fin de que más no precieemos hermosura mortal alguna, y conozcamos que las cosas que pensamos ver no son, y aquellas que no veamos, verdaderamente son: recoge y recibe nuestras almas, que a ti se ofrecen en sacrificio; abrásalas en aquella viva llama que consume toda material bajeza; por manera que en todo separadas del cuerpo, con un perpetuo y dulce nudo se junten y se atengan con la hermosura divina; y nosotros de nosotros mismos enajenados como verdaderos amantes, en lo amado podamos transformarnos, y levantándonos de esta baja tierra seamos admitidos en

el convite de los ángeles, a donde mantenidos con aquel mantenimiento divino, que ambrosía y néctar por los poetas fué llamado, en fin muramos de aquella bienaventurada muerte que da vida, como ya murieron aquellos santos padres, las almas de los cuales, tú, con aquella ardiente virtud de contemplación, arrebataste del cuerpo y las juntaste con Dios».

Cuando acabó Bembo este su cántico, quedó como atónito, sin hacer movimiento alguno. Y entonces la condesa Emilia, tocándole le dijo con gracia: Guardad Micer Pietro, que a vos también con estos pensamientos no se os aparte el alma del cuerpo. Señora, le respondió Micer Pietro, no sería el primer milagro que amor hubiese hecho en mí.

De esta manera delicada concluyen aquellos diálogos inmortales. Cuando se levantaron, para ir a sus aposentos, nos refiere el autor, los pajes que les aguardaban habían ya apagado las hachas. Vieron en el Oriente alborear el alba y mostrarse con toda su hermosura, y con su color de rosas, con el cual todas las otras estrellas desaparecieron luego, salvo la dulce gobernadora del cielo de Venus.